

Recuerdos De La Mili

Soy Victoriano Domínguez Carrascoso, mi email es v.dominguez@wanadoo.es nací el 20-09-1.955. He visitado la página de Fermín Goiriz y me ha picado el gusanillo de la nostalgia de tal manera que me he propuesto escribir algunos recuerdos de aquella mili. Pongo algunas fotos, pero no soy capaz de encontrar un paquete de ellas tomadas, no solo en el cuartel sino en alguna visita a Parga, a la Grela, alguna en Punta Herminia, etc. Cuando aparezca las pegaré. Ni qué decir tiene que me encantaría que alguien de la quinta diera con este escrito.

Resido en Rentería, un pueblo de Guipúzcoa muy famoso por los jaleos que se montaron a mediados de 1.970 y principios de 1.980. Yo diría que muy a mi pesar y no es este lugar para desmenuzar este tipo de cosas ni me apetece para nada porque de ahí sí que solo salen cosas tristes.

LA LLEGADA AL CIR

Me incorporé al CIR 13 de Figueirido, en Pontevedra, en Octubre de 1.976. De mis primeros recuerdos, el paisaje, que es calcado al nuestro. Ahora mismo tengo en la ventana de mi casa el perfil del monte Jaizquibel, que se parece al del que se vislumbraba en Figueirido nada más salir del barracón donde tenía mi "suite".

Nada más llegar me encontré en el pasillo gente arrestada por dejar el petate fuera de lugar. Yo estaba más confundido que un pulpo en un garaje y solo recuerdo que nos dijeron dónde dejar las cosas y nos mandaron al comedor. No llevé ni los cubiertos (que nos habían dado junto con el petate en el cuartel de Loyola, uno de por aquí).

A partir de ese momento una constante que se mantuvo erre que erre hasta el día de la licencia: A Formar para todo. La primera pasada de lista, a base de números (en el CIR por el número, en el cuartel por el apellido de tu madre) tuvo un punto que fue denominador común durante los tres meses de campamento: ¡El 186!. Era un chaval andaluz que lo decía de una manera tan brillante y con un acento tan cerrado que a todo quisqui le hacía saltar la risa... "Siento ochenta y zeí, ¿estás por ahí? ojalá te dejaras ver". Yo creo que no hubo más arrestos porque a los propios instructores les pasaba lo mismo que a nosotros.

Recuerdo al alférez Varela y al también alférez Victoriano, para mí ahora unos chavales que cumplían como nosotros, solo que en milicias. Creo que Victoriano era más pijo que Varela, pero en ambos había bastante gilipollez. Yo era soldado raso y no fui por milicias porque tenía terminada la carrera (diplomatura) con 19 años y calculé que perdía menos tiempo así. Me hacía gracia y otras veces me enervaba ver

el postín que se daban algunos sargentos y alféreces que, saliendo de ahí eran igual que todo quisqui. Bueno, luego, al conocer a los chusqueros el contraste se agravaba... ¡qué población madre!

La vida transcurría con monotonía. Los miércoles creo recordar, había trabajos, uno, la construcción de un muro, piedra a piedra, un pasatiempo por un lado, una vergüenza por otro.

CONTACTO CON EL DESTINO

A los tres meses, coincidiendo con el fin de año (1.976-1.977) nos asignaron destinos. A mí me mandaron al taller de radio, a la Plana Mayor de infantería, RIAT 29 (Regimiento de Infantería Aerotransportable) Isabel la Católica, en A Coruña (aquí decimos La Coruña). La llegada fue a mediodía y a muchos les hizo ilusión el escudo que nos repartieron, para poner en "la americana" (de momento no encuentro nada para mostrar). Lógicamente, pasamos al comedor, que era casi nuevo, muy bien acondicionado. Después nos asignaron cama (colcha roja con el escudo de infantería), taquilla (con caso alemán encima) y dale que te pego a formar. El ala donde me alojaba estaba en un rincón, a ras de calle, a la derecha del puesto de guardia. En la esquina de enfrente estaba el despacho del capitán, un tal Freire, que tenía poquísima relación con la tropa.



Foto 1

Ya estábamos en el cuartel de Atocha. A la entrada del comedor. Sobre la cruz estaba la estatua del "Cascorro".

Recuerdo solo los nombres de Castañeda Galán y de Larumbe.

A la mañana siguiente conocí mi destino, el Taller de Radio. Estaba situado en el ala contigua a la que ocupaba mi litera. Nada más entrar me topé con un cabo de Betanzos, que se licenciaba enseguida (menuda envidia, yo empezando, él terminando) y que me dijeron, era el mejor técnico que había pasado por el taller. Había otro, un tal Andrade que relaciono con el humorista Millán por la mirada (ojos saltones), al que le quedaba poco, no se si tres meses. Tenían en marcha un "tocadiscos" que habían arreglado y estaban probando, con el único disco que había en el taller. Sonaba "Recuerdos de la Alhambra" y no sé ya si por la relación con aquel momento o porque ya es de por sí una obra maestra, la tengo como referente y la toco con la guitarra y el piano (a cualquier cosa le llamo tocar. Solo lo hago para mí y encima ya estoy muy perdido de oído, así que se puede calcular mi virtuosismo).

Lo mejor de aquel taller era la gente que lo regentaba. El "jefe" un tal Brigada Álvarez, con el que no tenía una relación muy estrecha, pero para mí muy buena persona (aunque hubo una ocasión en la que propuso echarme y contaré porqué). El otro, el sargento "Oscar", que no se llamaba así pero ese nombre era su ilusión (y no recuerdo su verdadero nombre), un estupendo chaval. Que conste que mis apreciaciones deben entenderse en el contexto del talante que gastaban entonces los militares "de carrera" o sea, los chusqueros. Pero Oscar, fuera de todo, se merece una muy buena calificación, tanto que me encantaría poder contactar con él.

Foto 2

Conservo la navaja de Pasucual Martínez Gómez porque me la regaló de corazón y fue un artilugio que me acompañó a lo largo de toda la mili. La navaja la conservo igual, la juventud, esa se ha tornado en lo que para consolarnos le llamamos aspecto de Madurez.



Mi compañero de fatigas se llama Pascual Martínez Gómez (me gustaría que me dieras alguna señal de vida). Nos destinaron juntos al taller de Radio y juntos

sufrimos toda la mili, aunque las fiestas y demás las pasábamos cada uno por su lado. Pascual es de Tobarra, Albacete. Le tenía un cariño reverencial a la Tamborrada que allí se celebra por semana santa, tanta que cuando empezaba a hablar de ella no paraba. Todavía conservo una navaja que me trajo de allí en un permiso. Como tenía el clásico crick en la apertura, era espectacular el efecto que causaba cuando en el desayuno me disponía a esparcir la mantequilla en el pan. A Pascual, que se solía sentar al lado no le hacía mucha gracia.

Otro compañero inolvidable era un camarero del bar de tropa, o sea, la cantina, un tal Blasco, Maño, creo que de la misma Zaragoza. No encuentro fotos de él, pero algo tiene que aparecer porque hay un paquete que descansa en algún rincón, con mucha gente interesante.



Foto 3

Buen embajador era Pascual de su pueblo. Le faltó tiempo de traer, creo que junto con la navaja, un cartel anunciador de la famosa Tamborrada de Tobarra, cartel que pasó a presidir el taller de Radio. Milagrosamente no nos lo cambiaron por el de ningún Mandamás del momento.

EL CINE

Pues resulta que uno de los elementos que entraba en el relevo de Capitán de Cuartel era un tal Guijarro. Aquella persona tenía bastante de honesto, una cualidad que en cuanto alguien la ostentaba resaltaba como un fogonazo porque todo el mundo se preguntaba que qué pasaba. Eran varios los síntomas, el más sobresaliente de todos,

la mejora en la comida. Otro, la oferta de alicientes. En una de esas nos vinieron a los del taller de Radio con la nueva de que había que montar un cine para la tropa. Acababan de estrenar la cantina de suboficiales y el local viejo estaba disponible. Y así es como empezó la historia del *Cine Del Cuartel De Atocha*.

Al sargento Oscar le endiñaron la parte técnica y se encargó de comprar la pantalla y los altavoces, amén de un proyector de 16mm ¡malísssimo! (hoy diríamos que como los de los chinos), todo, evidentemente, para encajar en el presupuesto. Nos dispusimos a sonorizar aquello y aprendí de lo lindo porque las reverberaciones campaban por sus respetos y entre la calidad del amplificador (creo que solo podíamos contar con el del propio proyector) y las paredes, desnuditas como una mona, no había quien entendiera una frase.

Pero el objetivo se cumplía. Un par de tardes a la semana, no recuerdo exactamente qué días, había proyección. Para eso, cada semana mi compañero de fatigas, Pascual, se iba a la consigna de la estación a recoger una película, que había sido elegida, a veces por el propia capitán Guijarro, pero a menudo interveníamos también nosotros. Creo que se concertaba por teléfono con la empresa. El pago y demás iba por otros derroteros. ¿Interés de la experiencia?. Pues que uno aprecia el contraste de lo que supone tener en la mano un pendrive de 16 GB con un par de películas en alta definición, y aquellos sacos, que uno era capaz de levantar justo justo, para una sola ¡y en 16 mm! (el cine normal va en 35 mm y los formatos más anchos llegan a 70 mm. Aunque no hay que engañarse demasiado, pues una película de aquellas, capaz de colmar una pantalla de más de 150 pulgadas ocuparía muchos GBytes.

La película ocupaba cinco o seis rollos, quizás más y lo más cachondo es que se debía de alquilar en la categoría más barata porque, amén de que eran bastante antiguas (la más moderna creo que fue Patton), pues cada rollo requería más de diez empalmes. Por eso, antes de la primera proyección nos encerrábamos y la proyectábamos y por cada corte ¡un cacho de Cello!. Me harté de solicitar una maquinita de esas que se usan para empalmar, con su corte al bies, el disolvente, etc, pero era demasiado para el pueblo.

El día del estreno fue digno de registro. La sala llena de gente y empieza la proyección. A los dos minutos el proyector hace un ruido siniestro, la película se embala y por fin se paraliza todo... bueno...¡al menos la bombilla seguía encendida!. La culpa era de un fleje, que sencillamente se rompió. Nuestro querido sargento Oscar hace un esfuerzo de memoria (parece mentira pero sí había quien pensaba) y recuerda que un reloj de su hijita tiene en el engranaje de la cuerda un fleje de material muy parecido y se va a casa a toda prisa.

La gente en el local mosqueada y nosotros poniendo orden, no recuerdo cómo y ni me explico que tuvieran tanta paciencia como para esperar a que el sargento regresara, pero volvió con el muelle (y su hija sin reloj), y cortamos el trozo y lo retorcimos y lo pusimos y "la máquina andó", anduvo jodida, como en el chiste (desde ese día hasta que me licencié), pero andó.

Al final de la proyección nos obsequiaban, a Pascual y a mí (por orden del capitán Guijarro), con un pollito asado que nos comíamos, junto con quien coincidiera, encerrados en el taller de Radio, pollito que me sabía a gloria bendita. Mira que después de licenciarme he montado asadores en casa y he probado por ahí, a ver si se repetía aquella maravilla, pero nunca nada ha llegado a ser como aquello. Prueba de que el disfrute de las cosas está condicionado al entorno.



Foto 4

Otra cosa que hacíamos mucho era beber. Llama la atención la guarrería de mi traje. Era la indumentaria de las chapuzas. También acompaña que yo no era un techado de limpieza precisamente.

Termino ya con lo del cine. Pues ocurrió que la gente se empezó a llevar pipas y demás "comistrajos" y, claro, después de la proyección nos tocaba barrer, cosa que nos cabreaba bastante. Sin consultar con nadie redacté y colgué, a la entrada del local, un cartel en donde pretendía dar una lección de urbanidad al personal. Al día siguiente por la tarde me llamó el señor Guijarro a la sala de oficiales.

- ¿Quién ha puesto ese panfleto?.
- He sido yo, mi capitán.
- Pues quítalo inmediatamente.
- Es que la gente deja todo tirado y tenemos que barrerlo nosotros y...
- Ya os ayudará alguien, hay mucha gente para arrestar.
- Pero es que yo creo que así la gente se dará cuenta de que...

- Mira Carrascoso, hace casi dos mil años un tío anduvo por ahí pretendiendo explicar a la gente cuál era la mejor manera de comportarse y terminó clavado a una cruz.
- ¡A sus órdenes mi capitán!.

Mira que no me gusta ese saludo tan servil..."¡a sus órdenes!"... pero aquel en concreto me dolió y me costó muchísimo. Luego, a medida que ha ido transcurriendo la vida me he dado cuenta de que hasta cierto punto tenía razón.

EL INCENDIO

No voy a respetar, al menos de momento, el orden de los acontecimientos. Bastante avanzado el período, a mediados de año diría yo (lo miro y en un repaso posterior lo confirmo) se declaró un incendio. Quienes habéis pasado por allí después que yo habréis oído hablar sin duda de él. Empezó en un tejado, hacia donde estaban las oficinas, y nos dio una tarde-noche ajetreada. No tengo conocimiento de causa para valorar si la organización fue o no la adecuada. Lo más sobresaliente, la desgracia de un chico, un tal Vázquez, que se quedó tonto. Ocurrió que en el fragor de la batalla (me da que más de un oficial encontró la ocasión calva para jugar a las guerras), un grupo de benefactores se puso a salvar bultos tirándolos indiscriminadamente desde el segundo piso para que otro grupo de sufridores comandados por un oficial (o varios, o varios sargentos o "vaya usted a saber") se hiciera con ellos y los trasladara a lugar seguro. Yo estuve entre los receptores y daba miedo porque te llovían cosas de toda índole, y ahuequé el ala en cuanto pude, porque no hacíamos nada más que joderla. El cuadro tenía que ser para filmar porque nos hicieron calzar el casco alemán... ¡qué espectáculo!. Nuestro compañero Vázquez tuvo peor suerte y con casco y todo le cayó un fardo pesado, momento a partir del cual, sencillamente, dejó de ser él. Vázquez, antes era una persona tranquila sin más, que cuando le llegaba la hora de hacerse notar cantaba su nombre o lo que fuera con un vozarrón envidiable. A partir de ese día se convirtió en un guiñapo. Estuvo una temporada por allí y pronto le perdimos la pista. Son cosas que a uno le hacen meditar. Estás en tu casa, te llevan obligado a "servir a la patria" y te devuelven hecho una mierda. Y no te quejes porque a otros en peor época se les perdía la vida. ¡vaya timo!.

El fuego lo tuvieron que apagar los bomberos. Nada que criticar porque cada uno está parlo lo que está, ellos, los bomberos, para apagar el fuego y nosotros para la guerra (como diría Gila), que como no había, pues bastante hacíamos yendo de un lado a otro. El tejado tenía mucha uralita y estallaba, lo que provocaba que la gente de la calle comentara... ¡que en el cuartel estábamos a tiros!. Sólo nos faltaba eso.

LA POLICÍA MILITAR

Teníamos un miedo atroz a cruzarnos con algún miembro de la PM porque los puros que te podían caer eran tan gordos como posibles. La culpa se la echaban a un sargento, que exigía a sus pupilos un mínimo de partes so pena de que el arresto recayese sobre ellos. No lo se a ciencia cierta, pero es que hasta el sargento Oscar se

alegró mucho cuando un fin de semana acertó a ver cómo les ponían finos en una especie de pelea a una pareja de PM. Y nos lo contaba entusiasmado. No tengo vivencias en propia carne, pero al estar cerca del puesto de guardia veía cómo metían en el calabozo a chavales por culpa de partes remitidos por la PM, tan solo por faltarles un botón o llevar alguna greña. La verdad, y aunque esto no le siente bien a algunos, en la época de mi reemplazo ésta era una cuestión muy preocupante.

A mí este fenómeno me hizo reflexionar mucho: Éramos todos soldaditos y estábamos puteaditos y aunque allí también hubiera voluntarios, todos éramos personas iguales. ¿Porqué nos teníamos que putear aún más entre nosotros?. Y llegabas hasta elucubraciones metafísicas sobre la guerra civil y porqué se mataban entre españoles. Al cabo te explicabas lo nefasta que puede resultar la presencia de determinados elementos ¡como el sargento de la PM!.

LA CALLE DE LOS VINOS. EL PRIORATO

Tiene un sabor especial aquella zona, la parte vieja, porque parecía que estabas en la parte vieja Donostiarra, en mi Txoko de Donostia. Antes decía que el paisaje se parece al nuestro. El puerto de La Coruña y aquellas calles estrechas, también.

Entre todos los bares, el Priorato no se me borra de la memoria, sin embargo del resto no me acuerdo. El vino era muy especial, creo que un poco dulzón, y se tomaba en unos porrones que tenían un truco, un agujero y había que aspirar (creo que no me equivoco y es aquí donde se bebía de esos porroncillos, o jarritas o como les quieran llamar). Nos pasábamos un buen rato. Luego nos íbamos al cine, creo que por allí estaba el Cine Coruña. Una vez proyectaron una en tres dimensiones. Pero la que más me impactó fue "La ciudad Queimada". Bastante verdecilla para la época. Ahora empieza a venir el recuerdo de otras muchas, la verdad, creo que el denominador común de todas es el despelote, algo normal porque la época estaba en plena efervescencia.

LOS "ESPECIALES"

Me refiero a los gays, que ya había que tener entonces huevos para afrontar esta condición tan abiertamente. Yo solo reparé en dos, pero tampoco es una cosa que me llamara la atención como para investigar en ella. No sé, quizás la educación que me habían dado me hiciera escabullirme de ese ambiente. Me impactó escuchar en una ocasión, que uno de ellos pedía a un grupo que cumpliera el compromiso y dejara que a uno de ellos se la chupara, no sé qué negocio tendrían entre manos, pero ese lenguaje, así de crudo, me turbó, ya digo que era bastante incauto en estos temas. Me hizo gracia sin embargo la vehemencia con la que comentaba, no sé si éste o su compañero (novio sería ¿no?) las maneras como le había echado de la ducha un coronel. Planteaba un razonamiento tal que, si no tenía derecho a estar en la ducha, tampoco tenía porqué estar, obligado, en el cuartel. En mi fuero interno extrapolaba su condición sexual a verme entre un montón de chicas y se me antojaba que tenían que estar viviendo en un paraíso. Lo que pasa es que les debían de zurrar también de lo lindo.

Más gordo era el caso de un chaval que a todas luces tenía alteradas las facultades mentales y andaba por allí como alma en pena. ¿Quién sería?. Unos decían que era hijo de un oficial, que a la desesperada lo tenía a ver si la endiñaba o espabilaba. Desde el más modesto hasta el de más rango sabíamos que esa persona en aquel lugar, sometida a esa vida, sufriendo vejaciones por parte de suboficiales y oficiales, que ya tiene huevos la cosa (no me consta que ningún soldado se hubiera metido con él, al contrario) lo único que podía hacer era morirse o sucumbir a un yuyu y cepillarse a medio cuartel a tiros. Son las cosas que demuestran la inverosimilitud de algunos talantes castrenses y que, sencillamente, si no las ves, no te las crees. Si a mí lo de ese chico me lo hubieran contado ¡no me lo habría creído!

Entre Pito y Valdemoro andaban otros, con pedrada pero llevadera. Evidentemente, en un contexto normal también deberían haberles dado de baja al tercer día, pero al menos su estado no era tan sangrante como el de ese otro chico. Uno de ellos nos contaba cada día una nueva. Estaba prendado de la Isabel Tenaille (¿Recordáis la fama que tomó esa simpática chiquilla en TV?). Decía que iba a venir al cuartel a visitarle y le llevábamos la corriente. En su fantasía era feliz.

EL TENIENTE MACHACADEDOS

Al protagonista de este relato me parece duro ponerle el apellido (referente a una formación geográfica) porque sale muy mal parado en coeficiente intelectual. Era el extremo opuesto del entonces también teniente Arteaga, tío asombrosamente inteligente, aunque como persona...¡ejem!

Pues este elemento se llevaba a la tropa a lanzar granadas de fusil y regresaba con todos sus chicos luciendo en el pulgar un esparadrapo. Y no pasaba nada. Y a la semana siguiente se llevaba a otros con el mismo resultado. Y es que al salir la granada, el cierre del Cetme retrocedía con demasiada violencia y el mecanismo debía ser un poco chapucero (o no estar pensado para eso), la cuestión es que si uno mantenía el pulgar frente al gatillo, éste reverberaba y te lo machacaba contra el guardamonte (me asombra cómo recuerdo los nombres de una de las cosas que más odio en este mundo, que son las armas). Lo sencillo que hubiera sido explicarlo, aunque seguro que algunos ni por esas, pero al menos el índice de accidentados habría sido mucho menor.

EL TENIENTE ARTEAGA

Una bonita reflexión dice que hasta un reloj parado, dos veces al día da la hora exacta (si es de agujas). Pues este dicho, y "en viendo" la inteligencia que discurría por el cuartel, viene a cuento al haber conocido a este caballero, muy aficionado al alcohol y, su peor condición, gran repartidor de "puros" entre la tropa. Sin embargo se merece un aparte por otro tipo de mérito. Me explico.

Después de cabo viene la promoción a cabo primero. Yo la hice, pero no aprobé porque el grupo que aspirábamos nos envenenamos con prejuicios y en las pruebas de gimnasia hicimos el indio. Creo que nos equivocamos, pero así lo hicimos.

Querían mandarnos al calabozo, por borregos, y ahora creo sinceramente que nos lo merecíamos. Bueno, la cuestión es que el curso requería de unas clases y en una de ellas faltó el profesor y nos mandaron al Arteaga. Se puso mano a mano con los teorema geométricos, y era digno de ver cómo abordaba las demostraciones. Me encaré con él porque es un tema que me gusta mucho, por eso apreciaba la claridad de ideas de ese tío. No era el típico sabelotodo que conoce las cosas porque se las mamó del libro, sino una máquina de razonar causa, efecto, causa, efecto... Si no lo veo no lo creo. Entre las lumbreras que abundaban por allí semejante elemento destacaba como un hombre rana en los cien metros lisos.

LA APERTURA Y EL PC

Entre los años 1.976 y 1.978 se produjeron acontecimientos muy significativos. Uno, la legalización del partido Comunista. Menuda apoteosis, una tarde frente al cuerpo de guardia, desfilando coches con las bocinas sin parar y banderas rojas, muchos coches, muchas ganas de celebración, mucha alegría, para mí también, qué cojones, aunque no he sido nunca de tirar para partidos de ningún lado. Era a fin de cuentas una apertura hacia la libertad, así lo entendía y me alegraba por ello. No aprecié nada digno de reseñar en los militares "de carrera", claro que sus temores y comentarios quedarían entre ellos.

También se caían las bragas de las chicas en las revistas. Nos lo pasábamos bomba leyendo en grupo una en la que había un consultorio sobre sexo. Entre el amigo Larumbre y el Castañeda Galán, que tenían una sombra impresionante se nos salían las lágrimas de la risa. Una vez Larumbe propuso que escribiéramos diciendo que éramos maricones y que nos aconsejaran posturas para nuestras relaciones sexuales.... ¡la hostia que le dieron!... Eran otros tiempos y ahora ya no choca como entonces, solo se que me terminaron doliendo las costillas de la risa.

UN INTENTO DE SUICIDIO Y UN HAMBRIENTO FOGOSO

Era un chico canario. No es para tomárselo a chirigota, los que procedían de lugares soleados, como Andalucía y las islas, y se encontraban con el clima el norte sufrían un buen shock. Los canarios eran los más proclives a la depresión. Una tarde-noche se produjo un revuelo en la compañía, pues estábamos muy cerca del puesto de guardia y el movimiento repercutió enseguida. Un chaval se había tirado, no desde demasiada altura porque el cuartel tenía tres pisos, pero suficiente para matarse. Decían que se lo habían llevado al hospital. No recuerdo más de él, solo que pasados los días se decía que le habían mandado a casa. En otros círculos se decía que esta actitud tenía castigo. No sé más.

En el otro lado está uno que se metió en el comedor a media tarde, supongo que a "mangonear" algún chusco para la merienda (no había problema con el pan, te lo daban en la cocina sin más) y con mucha ansia porque atravesó un cristal. Fue algo muy espectacular porque resonó en el silencio de la tarde y todo el mundo salió a ver qué pasaba. No nos explicamos cómo no se dio cuenta. No recuerdo si se hizo algo,

me da que no le pasó nada. Hasta que lo repusieron, todos, por esa pizca de gilipollez que guardamos dentro, entrábamos al comedir por "la puerta del cristal mágico".

LOS ARTISTAS

Una de las mejores cosas que le pasan a uno en la mili es que conoce a personas de elevadísima categoría, soldaditos rasos en general, pero con un valor intrínseco para quitarse el sombrero.

En aquel cuartel estaba de moda hacer piezas con monedas. Corazones, cruces, etc. Se limaban las caras, se recortaba, se biselaba y se pulía, todo a base de lima y lija fina. Se me daba muy bien y hacíamos cosas verdaderamente bonitas, lástima que el material de las pesetas y de los duros se oxidara enseguida. En algún rincón hace poco encontré una cruz de aquellas, que he de fotografiarla y añadir al escrito. Servía para quedar muy bien con las amigas, pero sobretodo, cómo no, era una de las perseguidas formas de matar el tiempo, para algunos el único reducto al aburrimiento.

Pues había un tío, casado, más basto que un papel de lija, machista de los peligrosos porque contaba cosas que hacía con las chicas, aparte de su mujer, que daban repelús. De sus señas solo recuerdo que la madre o el padre era francés. Éste individuo te cogía una peseta y una navaja y cambiaba el troquelado de una cara por el retrato de una chica o lo que fuera, pero con una habilidad asombrosa. Tardaba, eso sí (ya me dirás con una navaja...) pero lo veías y no lo creías. Se daban esas paradojas como que con una punta tan basta hiciera unos tallados tan finos, pues hasta ponía texto alrededor de la imagen ¿cómo cojones se apañaba?. Su herramienta de apoyo era una piedra cerca donde poder afilar, continuamente, la navaja. Ante esta gente (luego, con el discurrir de los años he conocido a algunos más) solo cabe la explicación de que son "Artistas". En ese sentido, si uno tiene suerte y sabe mirar, aprende definitivamente qué cualidades distinguen a un artista de un charlatán.

Había también un "trovador", que escribía canciones, pena no recordar ninguna como es debido. Cuando cantaba con la cuadrilla en marchas, maniobras, etc, cosas relacionadas con nuestras vicisitudes sabía poner el dedo en la llaga. De él creo que era una trova, quizás recopilada de otro sitio, pero que me gustó, la aprendí y se la haya enseñado a todos los sobrinos en edad de hacer gracias:

- Cuando yo a ti te quisí
- Y tu madre lo supió
- Como tiene el genio ansí
- Todo lo descompusió

Había alguno aficionado a la magia, pero apenas ejercía porque otro grupo de socarrones que habrían tenido éxito como humoristas hacían unas parodias para partirse de risa. En este orden de cosas tengo que decir bien alto que tuve la fortuna

de caer en un ambiente donde la risa era para todos y con todos, nunca a costa de nadie.

LA RADIO Y LA BANDA

Es una anécdota aislada y tiene que ver con la foto del desfile de capitanía, la foto 5. Como al tener destino en el taller de radio estaba rebajado de servicios de armas (la verdad es que era todo un lujazo), en horas de instrucción me dedicaba a las tareas propias del destino, amén de chapuzas como reparar la radio o la TV de algún mandamás. Aquel día estaba instalando un auto-radio en el coche de un sargento y para traer y llevar herramienta y material había que pasar por el patio donde la gente hacía instrucción. Allí se preparaban para un desfile que iba a tener lugar en una fecha clave y cuyo lugar estratégico era el domicilio del capitán general, lo que llamábamos Capitanía. Por orden de algún mando de mucho peso se habían empeñado en hacer una buena selección. Habían convocada también a la banda al completo. Y el listón lo pusieron alto porque el grupo se estaba quedando desierto, así que con el supuesto supremo derecho que concede haber recibido la orden de boca del que más manda, los instructores, un sargento y un teniente, andaban a la caza y captura de todo el que pasara por allí. Le hacían la prueba y si funcionaba, al talego.



Foto 5

Desfile para Capitanía. Era una fiesta militar y nos hicieron desfilas a los que se nos daba bien lo del paso, aunque fuéramos pequeñajos. En la foto gente de milicias y yo, el último cabo por la izquierda. Hay una anécdota sobre esto, que contaré en el texto.

Yo, ingenuo de mí, que desconocía el peligro que corría, paso con mi radio bajo el brazo, los cables colgando, delante del grupo folklórico y me llama un sargento.

- ¡Cabo!
- ¿Mi sargento?!
- ¡A la fila!
- No. Es que estoy instalando un autoradio en el coche del sargento...
- ¡a la fila!
- Pero, si yo iba a por una llave fija al taller de radio...
- ¡a la fila!
- Pero... esto es una radio, no llevo cetme...
- ¡a la fila!
- ¿¡!?...¿Donde dejo esto?...
- ¡a la fila!

No estaba el horno para bollos, así que me puse en la fila. Se procedió al protocolo de cubrirse y demás, y heme desfilando con radio en lugar de fusil. El otro gilipollas me mira y dice.

- ¡¿Qué llevas ahí?!
- ¡Lo que me mandan, mi teniente!.
- ¿El cetme?.
- ¡No tengo!
- Pero... ¡sargento!
- Es que venía por ahí con eso y lo he cogido.

Puestos a mamarrachadas, me salió del alma comentar.

- ¡Vengo del taller de radio y traigo el refuerzo para la banda!.

La cosa hizo gracia. Enseguida me mandaron a dejar la radio, pero ¡me trincaron!. Mal debía estar el personal cuando tuvieron que echar mano para el desfile de un cañijo de 1,65. Te joden pero te queda el "honor" de ser bueno desfilando... cuánto Honor nos regalaban ¿verdad?. Además, siempre te queda la duda de si el que verdaderamente debía de sentirse bobo era uno, al no haber tenido los reflejos de cojear y llevar mal el paso, como seguro que habían hecho más de la mitad de los "torpes" que se libraron.

LA PETACA, LOS CUBOS DE AGUA Y EL CUBO ELÉCTRICO

Si hay algo que no sufrimos los de mi reemplazo, fueron las Novatadas. Fueron dos coincidencias. La primera, que el reemplazo anterior (primero éramos "Pitos", luego, ¿Pollos? y los últimos, "La Civil"), o sea, la Civil había sufrido bastantes malas bromas. Lo segundo, que entre aquel grupo había un par de personas estupendas, muy buena gente. La cuestión es que de putadas, nada de nada.

Sin embargo alguien tuvo los huevos de hacerle la petaca al Sargento de semana, no recuerdo su nombre, pero tenía muy mala hostia. Era buena gente, ya lo digo (me

refiero a aquellos veteranos), y se la pegaron tan bien que el tío optó por no vengarse porque como tampoco era tonto, calculaba que ponerse ante todo el mundo a sonsacar al culpable iba a traer más publicidad de su vejación que resarcimiento. Después creo que se las entendió con discreción, pero ya no tengo clara la cosa.

Se comentaba mucho de la costumbre que tenían "los gallegos" de echar cubos de agua a la gente, pero yo no he asistido a ninguna bromita de este tipo.

Sí me llamó la atención el "caldero eléctrico", pero no sé de nadie que hubiera caído en él. Consistía en cerrar la entrada al Water, que me parece que estaba bajando en mitad del patio del cuartel, y dejar un cubo metálico conectado a una fase. Si el que se encontraba con la papeleta tenía la idea de mear, con el chorrito hacía contacto con la fase y se llevaba un buen calambrazo. Lo vi dispuesto alguna vez, pero no me gustó el panorama y desaparecí sin más. Nunca me gustó este tipo de bromita, que en un mal momento puede costar hasta la vida.



Foto 6

En el taller de Radio, la tarde anterior a una salida de maniobras, limpiando con alcohol unas cantimploras que nos dieron, asquerosas. En el centro Pascual Martínez Gómez, mi compañero de Albacete, también destinado al taller. A la izquierda un chaval gallego, voluntario, buenísima persona, no recuerdo su nombre. Trabajaba en una imprenta y me hizo unos sobres con membrete.

EL MAESTRO ARMERO, LA LECCIÓN NOCTURNA Y LOS CARTUCHOS CASEROS

Otra que se puede archivar en las desgracias que no tenían porqué pasar. El maestro armero de una de las compañías, no recuerdo cuál, le enseñaba a un compañero el

mecanismo del cetme con uno de esos artilugios preparados para exposición, recortados, y pintados donde se ven los muelles y demás y que aún son operativos. No tuvieron la precaución de usar un cartucho vacío y en el desarrollo de la "clase" en una de esas se escapó el percutor con tan mala fortuna de que picó el pistón. Claro, como la cámara no está cerrada, el cartucho explotó por la tripa y se hicieron bastante daño. Tampoco recibimos detalles de las heridas. Ahora, recordando, me da que los resultados de las lesiones de la gente se mantenían con bastante estanqueidad.

Otra de artistas pirotécnicos, la que montaron en mi compañía preparando cartuchos de propulsión para las granadas de fusil. En la primera prueba vimos cómo salió la granada, apenas dos metros y cayó en las narices del pelotón. No pasó nada más porque Dios no quiso.

LOS HELICÓPTEROS CHINOOK

En unas maniobras nos montaron en helicópteros de esos de dos hélices, tremendos. Me encantó la experiencia porque ver elevarse a un monstruo semejante es un verdadero espectáculo. Primeo, comprobar que las hélices, que paradas se comban hasta tocar casi el suelo, son capaces de aguantar la velocidad de giro y tomar la postura batiente. Luego, el mecanismo de aspas, que se las trae, trabajando con semejantes flejes. El aire que empieza a azotar, que cada vez es mayor, que te parece que no puede ser más fuerte y sí que lo puede serlo, hasta que te hace perder el equilibrio. Tienes que mirar bien a tu alrededor porque vuelan cosas, a mi lado pasó una tejabana de uralita que me dejó temblando. Por fin el mastodonte se mueve, se eleva y se larga por ahí dando una murga impresionante. Las vacas echan a correr.

Y la gasolina (o queroseno, da igual), que chupa cada bicho, me decían que unos 45.000 litros por hora de vuelo a velocidad de crucero, no se me puede hacer caso.

EL CAÑÓN SIN RETROCESO

Nos hablaban de dos maravillas de la técnica para hacer polvo al prójimo. Una, el cañón filodirigido, que se me antojaba más obsoleto que el teléfono de humo, pues el proyectil tenía que estar conectado con un hilo (el chiste de la bala y el hilo de Gila viene a cuento). La otra, "el cañón sin retroceso". De las dos llegué a conocer el cañón.

Como la tecnología en la que se basa es la misma que la del lanzagranadas o Bazooka, este aparato infernal mete un rebufazo de un calibre tal que si te pilla desprevenido te mata del susto. En aquellas maniobras me brindaron la ocasión de disparar con uno y no eché a correr porque me daba vergüenza, pero casi. No me acercaba mucho a las armas porque, ya lo he dicho antes, me caen demasiado gordas.



Foto 7

En cuanto encuentre otras fotos cambiaré esta de sitio porque cansa siempre el mismo protagonista. Esta demuestra las chorradas que hacíamos en maniobras, pues no teníamos otra cosa que hacer. Yo nunca desfilé con ninguna bandera porque mi estatura era para ir en la cola.

No lo he dicho, pero en las maniobras de tiro, muy pocas (alguna en el CIR y una o dos más en el cuartel) yo era buenísimo para los compañeros de mi lado porque si acertaban todos los tiros en sus respectivas dianas, siempre tenían alguno más, de los míos por supuesto. En este sentido, pero justo con la puntería contraria, debo recordar a Larumbe, un monstruo que ficharon en el pelotón de tiro.

Sin embargo, mira por dónde, a poco me meto en una buena. Una de las pijadas que se hacía con monedas y un cartucho era un cruz (la moneda) en una especie de hornacina (el cartucho con una ventanilla serrada). Una buena tarde apareció un cartucho de cetme entero, no recuerdo de dónde saldría, pero yo lo tenía en la mano y me encontraba solo, en el taller de radio. Lo vacié y "para más seguridad" piqué el pistón ayudándome del tornillo, el martillo y un clavo. Apareció en dos milisegundos la gente asegurando que en el puesto de guardia se habían puesto al loro. Salí inmediatamente a dar un paseo por allí y no parecía que la cosa fuera a más. Un tupido velo y a otra cosa.

LAS RADIOS DEL EJÉRCITO

Tenía que contar algo de lo que era mi especialidad. Lo que había cuando llegué allí estaba obsoleto. Desde luego, una contienda real con semejante material habría sido, pues como eran también las no belicosas: El país hacía el ridículo en los

campeonatos de fútbol, en los juegos olímpicos, etc y en esto no habría ido a la zaga. Había tres modelos de radioteléfono, el Ligero, el Medio y el Pesado. Todos trabajaban en la banda de AM, quizás el pesado tuviera alguna otra banda para elegir. La tecnología era de válvulas de vacío, unas muy pequeñas, especiales, que tenían que costar carísimas.

El Ligero era una "Zapatilla" que todo el mundo ha tenido ocasión de ver en alguna película americana de guerra. En la foto 3 se me ve con uno en la mano, . No hay error, ese es, efectivamente, ¡el ligero!. Lo he visto en varias películas, incluso en alguna reciente, detalle que me hizo pensar que como luce la mar de bien, en Hollywood aprovecharían la ocasión y a la hora de tirarlos (el ejército americano tendría millones de ellos) se haría con algunos previendo su uso en plan ornamental. Era, obviamente todo metálico, con una antena de fleje, como los metros retráctiles (flexímetro) para que, y esto rezaba en el vetusto catálogo que teníamos por ahí "en el devenir de la batalla, si se doblara volviera a su ser sin daño alguno". Como pasa con los talkies actuales, más de la mitad era batería, en nuestro caso pilas desechables de la marca "Tximist" (que venían de mi región, de Vitoria y debían de costar un riñón). ¿Qué alcance tendrían?. Yo nunca lo supe porque no conocí ninguno que estuviera bien ajustado. Con lo que había igual llegabas a 75 metros, pero tranquilamente podías hacerte la ilusión y escuchar a tu interlocutor vía aérea (quizás fuera sugestión, la cuestión es que chillabas como un cosaco delante del micrófono). Los talkies de juguete de la época tenían un alcance similar.

El radioteléfono Medio había que calzárselo al hombro, como mochila o, mejor de pechera, pues tenías que llegar a los mandos. Era mucho más completo y sobretodo pesado. No tengo ahora ninguna foto para mostrar. Su rendimiento, lo mismo de lo mismo, inutilidad total. En vista de la inminencia de unas maniobras importantes decidieron ajustarlos, tarea en la que se me cabreó el brigada Álvarez. Resulta que estuvimos un par de días intentando hacer algo para resucitarlos y una tarde, cuando él no estaba, caí en la manera de conseguir el valor correcto de un parámetro vital (La frecuencia Intermedia). Como al día siguiente yo tenía un compromiso, quizás una guardia (estaba rebajado pero caía alguna que otra), la cuestión es que algo me impedía estar. Al mamón que tenía en ese momento a mi lado, un voluntario enchufado, le señalé el aparato con el que estaba haciendo mis pesquisas y le dije:

- Si le ves al brigada Álvarez dile que no toque nada, que le quiero enseñar una cosa, a ver qué le parece.
- ¿Le digo que no haga nada?.
- ¡No!. Dile que deje este como está, así, medio ajustado, que quiero que vea una cosa muy importante.
- ¡Vale!.

Cuando posteriormente me lo encontré, con cara de palo, va y me dice:

- ¡Ya están todos ajustados!.
- Pero mi brigada ¡quería que viera usted una cosa!
- ¡A mí me vas a enseñar!. Ya los he ajustado.
- ¡Pues habrán quedado mal!:

- ¿Quién eres tú para decir eso?.
- Ayer me di cuenta de que el oscilador local te saca enseguida de la FI y para ajustar...
- ¡Que ya los he ajustado yo todos!.

Así discurrió la conversación. Al cabo de unas horas apareció el sargento Oscar y me comentó:

- ¿Qué le has hecho al brigada?.
- ¡Nada!. Yo estaba la mar de contento porque íbamos a ajustar las radios la mar de bien.
- Date cuenta de que él lleva mucho tiempo con estas radios y se las sabe todas.
- Pero siempre hay algo más que se puede sacar.
- Pues está cabreadísimo. Dice que a ver si le vas a dar tú lecciones.
- No es mi intención.

Poco más tarde apareció Álvarez, y los dos juntos, brigada y sargento se encaran conmigo:

- ¡No te jode!, el Carrascoso que me dice que no toque nada.
- ¡Mi brigada, yo no he dicho eso!.
- Me lo ha dicho (nombre del mamón que no recuerdo).
- Claro, pero me refería al que tenía desmontado y era para enseñarle un detalle.
- Tú no tienes que enseñarme detalles que yo no sepa.

Entonces se lo calló, cosa que por un lado le honra, pero poco antes de licenciarme, el sargento Oscar me dijo que la intención de Álvarez era mandarme del taller en cuanto regresáramos de aquellas maniobras.

El radioteléfono Pesado era igual de inútil. Como era realmente "pesado" y demandaba alimentación por un tubo tenía que estar montado en un coche, y cada vez que se ponía en marcha había que arrancar el motor para recargar batería. Para que fuera operativo había que montar una antena que consistía en un cable tendido entre dos postes, de unos 75 metros. No creo que hayamos superado, siquiera llegado a los 10 Km de alcance. Para ajustar a la frecuencia concertada para el enlace se utilizaba el método del batido, muy espectacular porque a medida que uno se acerca al valor correcto suena un pitido de frecuencia variable, lo mismo que en las películas, tanto de guerra como de vida y costumbres antiguas. Llegar a ser operador de este radioteléfono era el mejor chollo porque te asignaban un coche y un chofer, el lujo dentro de los lujos, pues tenías:

Por un lado una misión que para los mandos era sagrada, lo cual te otorgaba carta blanca para ir o no al tiro. ¿Quería ir?, pues ibas. ¿No querías?, ponías la excusa de que estabas a la espera de un enlace.

Por otro lado, tener coche allí era como tener piso de soltero aquí. Te conseguías la ginebra y la cocacola y montabas un botellón que me río de los de ahora. Lo mismo para comer bocadillos, tanto si eran de diseño (financiados por ti) o incautados en cocina.

En las maniobras para las que se ajustaron los aparatos yo ya estaba destinado al radioteléfono pesado (el Anglis le llamaban). Me lo pasé de cine entre los helicópteros Chinook y los enlaces con otras compañías, enlaces que para llevar adelante exigieron muchas tretas técnicas que consistían más que nada en ajustar canales con tino y, sobretodo, jugar con la antena, llevándola de un lado a otro y orientándola porque nuestros "aliados" y "enemigos" eran de las COE (guerrilleros les llamábamos), y no se estaban quietos (comparados con nosotros tenían muy buen entrenamiento). Para los movimientos de la antena me asignaron a dos soldaditos que se pasaba algunos ratos cambiando postes y tensando cables y el resto bebiendo, por lo que a partir del mediodía se complicó el trabajo, pero se cumplía. Mientras, mi compañero Pascual Martínez Gómez creo que estaba disfrutando un permiso (muy pocos permisos se daban, yo solo recuerdo haber disfrutado dos).



Foto 8

El Radioteléfono Pesado en el coche con su operador. Quizás fuera en aquellas maniobras pero puede ser en otras. Castañeda Galán solía ser el chofer. Él, otra mucha gente y yo, nos hemos pasado en este Txoko muchas, pero que muchas horas charlando, bebiendo y comiendo.

Pues el capitán de la compañía debió de quedar muy bien parado en cuanto a los enlaces porque las intenciones del brigada Álvarez no se cumplieron. Para mí que ocurrió lo típico, que como lo que se hizo salió bien (ni siquiera es necesario que salga bordado) levantaría suspicacias que alguien viniera con la monserga de que

quiere echar al que estaba en medio del fregado...¿con qué excusa?. Cuando el sargento Oscar me contó este chisme, también me aseguró que Álvarez había quedado muy satisfecho. Yo solo sé que me lo pasé muy bien porque hice todo lo que quise y no hice lo que no quise... siempre dentro del contexto, claro.